

—¿De dónde diablos viene ese ruido?—preguntó el extranjero.

—Ignoro lo que pueda ser—contestó Affery, cogiéndose del brazo del desconocido,—pero sí sé que le oigo continuamente.

El extranjero no debía ser hombre de valor, según pensó Affery, pues aun en medio de su espanto pudo observar que sus labios temblorosos habían palidecido; pero después de escuchar un instante, encogióse de hombros y dijo:

—¡Bah! eso no es nada... Y ahora le recordaré á usted, amiga mía, que me ha prometido buscar á una persona hábil para mi negocio. ¿Me hará el favor de presentármela?

Así diciendo, el desconocido tenía la mano sobre la puerta, como si estuviese dispuesto á cerrarla si Affery no cumplía lo pactado.

—¿No dirá usted á nadie que he dejado cerrar la puerta por descuido?—preguntó la mujer de Jeremías.

—Ni una palabra.

—¿Y no se moverá de aquí mientras llevo á la esquina de la calle? Si la señora llama, no conteste usted.

—Aquí permaneceré inmóvil como una piedra.

Affery tenía el temor de que el extranjero subiera furtivamente la escalera apenas ella volviere la espalda, que después de perder la casa de vista, retrocedió para ver si el desconocido estaba todavía allí; y como observase que se hallaba en el umbral, más bien fuera que dentro de la casa, como si no le agradase la obscuridad, corrió hasta la calle inmediata para enviar un recado á Jeremías Flintwinch, quien salió muy pronto del café donde estaba. Affery había tomado la delantera, pero su marido la seguía de cerca, sin duda con la esperanza de poderla sacudir un poco, antes de entrar; los dos esposos vieron al desconocido siempre de pie junto á la puerta, y también pudieron oír la voz dura de la señora Clennam que gritaba:

—¿Quién está ahí? ¿Qué ocurre? ¿Por qué no me contestan?



### CAPITULO XXX

#### La palabra de honor de un caballero

Cuando los esposos Flintwinch se detuvieron casi sin aliento ante la puerta de la antigua casa, estremeciéndose el desconocido y retrocedió un paso.

—¡Rayo del cielo!—exclamó,—¿cómo diablos le encuentro á usted aquí?

Jeremías Flintwinch, á quien esta pregunta iba dirigida, no manifestó menos asombro que el extranjero; contemplóle con muda sorpresa, como quien ve una cosa que no esperaba encontrar, y pareció no comprender lo que le preguntaban. Luego volvióse hacia su mujer para pedirle una explicación de aquel enigma; mas como no le dijese nada, lanzóse sobre ella y la sacudió con tal energía, que hizo saltar su papalina, murmurando con un tono singular de lúgubre ironía:

—Mujercita mía, ya te propinaré una buena dosis, pues veo que la necesitas. ¡He aquí otra de tus jugarretas! ¡Tú has vuelto á soñar, mujercita! ¿De qué se trata? ¿Quién está ahí? ¿Qué significa esto? ¡Habla! condenada, ó te estrangulo ahora mismo; no te queda más alternativa.

La pobre Affery debía optar seguramente por esto último, pues no contestó una sola palabra, mientras que su señor la sacudía hacia atrás y adelante, resignándose á sufrir su castigo; pero el extranjero, por el contrario, recogiendo con mu-

cha galantería la papalina de Affery, intervino en la cuestión.

—Permítame usted—dijo, poniendo su mano en el hombro de Jeremías, que se detuvo, soltando á su víctima;—dispénseme si le interrumpo. No necesito preguntarle si esta señora es su esposa, pues esto se conoce por la ligereza con que usted procede y su manera de bromear. ¡Ah, ah! me gusta ver esa especie de alegres desahogos en un matrimonio... ¡Oiga usted! ¿me será permitido advertirle que allá arriba hay alguien que se impacienta en la obscuridad, expresando con bastante energía el deseo curioso de saber lo que aquí ocurre?

Esta alusión á la voz de la señora Clennam bastó para inducir á Jeremías á entrar en el vestíbulo, y gritar desde el pie de la escalera:

—No tenga usted cuidado, que estoy aquí; Affery subirá la luz al momento.

Y dirigiéndose á su esposa añadió:

—¡Vamos, despáchese usted á subir!

—Y ahora, caballero—dijo, encarándose con el desconocido, —veamos en qué puedo servir á usted.

—Me parece—repuso el extranjero,—que será preciso comenzar por rogar á usted que se tome la molestia de encender una luz.

—Es verdad—murmuró Jeremías;—sírvasse usted permanecer aquí mientras voy en busca de una vela.

El visitante estaba en el umbral de la puerta, pero penetró en la obscuridad de la casa apenas Flintwinch hubo vuelto la espalda, y siguióle con la vista hasta la pequeña habitación donde entró á buscar un fósforo. Sin duda las cerillas, ó la caja que las contenía estaban humedecidas, pues las primeras se apagaron antes de que Flintwinch pudiese encender la vela, si bien despidieron bastante luz para que el desconocido observara con atención las facciones del viejo, que al parecer le causaron la mayor sorpresa. Cuando Jeremías hubo conseguido al fin encender, adivinó que había sido objeto de un examen, pero al mirar al extranjero, su expresión sombría del momento antes había desaparecido, substituyéndole una benévola sonrisa.

—Tenga usted la bondad—dijo Flintwinch, cerrando la puerta de entrada, y observando á su vez con cierta atención la fisonomía de su visitante,—de entrar en mi despacho...

—Cuando le digo á usted que no hay nada—gritó de pronto Jeremías, para contestar á la señora Clennam, que llamaba siempre desde arriba, aunque Affery estaba ya con ella,—

cuando no hay nada, repito, puede usted estar sin cuidado.. ¡Diablo de mujer! ¡No discurre más que una criatura!

—¿Tiene miedo?—preguntó el extranjero.

—¡Miedo!—repitió Jeremías, levantando la luz para ver mejor el semblante del extranjero, y mostrándole el camino, —yo le aseguro á usted que de cada cien hombres, noventa no tienen tanto valor como ella.

—¿Aún estando paralítica?

—Sí, señor; y lo está hace muchos años. La señora Clennam, única persona de este nombre que interesa ahora en los negocios de la casa, es mi asociada.

Advirtiendo á su visitante que no había costumbre de recibir á persona alguna á semejante hora para tratar de negocios, Jeremías Flintwinch condujo al desconocido á su despacho, que podía pasar por el de un hombre de muchos negocios; colocó la vela sobre un pupitre y preguntó al extranjero qué deseaba.

—Yo me llamo Blandois.

—¿Blandois? No conozco ese nombre.

—Créí que habría usted recibido ya una carta de aviso de sus corresponsales de París.

—No hemos recibido de esa capital ninguna carta de aviso con el nombre de Blandois.

El desconocido, siempre con la sonrisa en los labios, entreabrió su capote para introducir la mano en un bolsillo, mientras sus brillantes ojos parecían expresar el deseo de soltar la carcajada.

—Es singular la semejanza que tiene usted con uno de mis amigos; pero ahora me parece menos notable que cuando le ví á usted llegar y le tomé por otra persona... ruégole que me dispense el error, como yo lo haría, dada la franqueza de mi carácter... En fin, es igual; de todos modos se parece usted mucho...

—¿De veras?—repuso Flintwinch con tono de mal humor, —es cosa singular, en efecto; pero vamos al asunto. Repito á usted que no he recibido carta alguna de aviso á nombre de una persona llamada Blandois.

—¡Bah!—repuso el extranjero.

—Se lo aseguro á usted—dijo Jeremías.

El señor Blandois, sin desconcertarse por la omisión de los corresponsales de la casa Clennam y C.<sup>a</sup>, sacó su cartera del bolsillo, buscó una carta y presentósela á Flintwinch, diciéndole:

—Esta letra le será conocida seguramente, y creo que el contenido está demasiado claro para que sea necesaria una carta de aviso. Usted podrá resolver sobre este punto mejor que yo, porque desgraciadamente no entiendo mucho de negocios, toda vez que soy lo que el mundo llama arbitrariamente un caballero.

El señor Flintwinch tomó la carta, que estaba fechada en París, y leyó lo siguiente:

«Tenemos el gusto de recomendarle, de parte de un correspondiente muy apreciado de nuestra casa, al señor Blandois, de París, etc., etc. Les agradeceremos que le dispensen todas las atenciones posibles, previniéndoles que pueden abrir un crédito por quinientos francos al señor Blandois, etc., etc.»

—Muy bien, caballero—dijo Flintwinch;—sírvese tomar asiento. Haremos lo posible por complacer á usted... nuestra casa es de poco movimiento, y está algo atrasada, pero tiene sólidas bases. Por la fecha de esta carta veo que el aviso no ha podido llegar aun; tal vez habrá llegado usted por la mala que nos le trae.

—Efectivamente, caballero, he llegado por esta mala, y haréto se resienten de ello mi cabeza y mi estómago, á causa de tan detestable tiempo. Me ve usted en el mismo traje que llevaba al desembarcar; y á no haberse retardado el vapor, no necesitaría rogar á usted me dispensase por venir á semejante hora, molestando á la enferma que se halla arriba.

La audacia y cierto aire de autoridad suelen producir siempre mucho efecto, y por eso Jeremías Flintwinch comenzó á pensar que su visitante era una persona distinguida, lo cual no impidió que siguiera mostrándose algo arisco.

—¿Qué puedo yo hacer en favor del señor Blandois, habiendo pasado la hora de los negocios?—preguntó Jeremías después de una pausa.

—¡Pardiez!—repuso el extranjero encogiéndose de hombros,—necesito cambiar de traje, comer, beber y buscar un alojamiento. Tenga usted la bondad de indicarme, pues soy completamente extranjero en la ciudad, y no reparo en gastos, dónde podré alojarme hasta mañana, cuanto más cerca esté la casa mejor, y si sólo dista dos pasos, más me convendrá.

—No conozco en las inmediaciones ningún hotel que pueda convenir á un caballero de su rango...

—¡Qué diablos me habla usted de mi rango!—interrumpió Blandois;—un ciudadano cosmopolita no lo tiene. No negaré que soy un caballero á mi manera, pero no tengo preocupa-

ciones. Una habitación bien limpia, la comida caliente, y una botella de vino que pueda beber sin temor de envenenarme, es todo cuanto necesito para esta noche; pero lo quisiera, sin tener que andar mucho.

—En tal caso—repuso Flintwinch con más decisión que de costumbre,—aquí cerca hay una especie de café, á cuyo dueño podré recomendarle, pero que no tiene nada de distinguido...

—¡Qué me importa á mí eso!—interrumpió Blandois;—tenga usted la bondad de presentarme, si no le sirve de mucha molestia, y quedaré infinitamente agradecido.

Jeremías fué á buscar su sombrero, y al dejar la vela sobre una mesita, después de alumbrar á su visitante hasta el vestíbulo, ocurrióle subir á la habitación de la enferma para decirle que volvería dentro de cinco minutos.

—Tenga usted la bondad—le dijo Blandois,—de entregar mi tarjeta á la señora Clennam, haciéndole presente que tendré el mayor gusto en presentarme á ella para ofrecerle mis respetos y rogarle me dispense por la molestia que le he causado, si quiere sufrir durante algunos minutos la presencia de un extranjero, cuando haya mudado de traje.

Jeremías subió la escalera y volvió á bajar muy pronto.

—La señora me encarga contestar á usted—dijo á Blandois,—que tendrá mucho gusto en recibirle, pero que como la habitación de una enferma no tiene ningún atractivo, le dispensará de la visita en el caso de renunciar usted á ella.

—¡Yo renunciar!—replicó el galante Blandois;—esto sería faltar á las consideraciones debidas á una dama, lo cual no está conforme con mi carácter.

Al pronunciar estas palabras embozóse en su capote y acompañó á Flintwinch al café, haciendo seña para que le siguiese á un mozo de cordel que esperaba en la esquina de la calle con su maleta.

El establecimiento á que el señor Blandois fué conducido por Flintwinch era muy modesto; pero la dueña se avino á ceder, vista la recomendación, una salita que tenía destinada para sus reuniones de familia. Instalado el viajero, ocupóse al punto en su tocador; písosose una camisa muy blanca y perfumada, se peinó y alisó cuidadosamente el cabello, adornó los dedos meñiques con una gruesa sortija, y engalanóse además con una cadena de oro muy vistosa. Así ataviado, el señor Blandois esperó tranquilamente que le sirvieran la comida, arrellanado en su sillón y apoyadas las piernas en el marco

de la ventana. En esta postura ofrecía una maravillosa semejanza, salvo las joyas, con cierto señor Rigaud que en otro tiempo había esperado su comida en una innoble prisión de Marsella, sentado en el reborde de una reja y cogido de los hierros.

En las facciones de aquel hombre, cuyos labios entreabría á menudo una siniestra sonrisa, y cuyos ojos, casi á flor de la frente, ofrecían un singular contraste con su cabello negro, la naturaleza, siempre veraz, y que no hace nada inútil, había escrito claramente «¡Alerta!» y no era por lo tanto culpa suya que algunos se dejaran engañar. ¿Qué se le podía echar en cara, siendo la expresión de su rostro suficiente para juzgarle?

Cuando hubo terminado su comida, con un apetito que recordaba también la glotonería del citado Rigaud, Blandois se limpió los dedos, sacó un cigarro del bolsillo, y volviendo á tomar su posición junto á la ventana, entregóse á un curioso monólogo, mientras contemplaba los hilos de humo que salían de sus delgados labios.

«Blandois—decía,—la sociedad te ha maltratado, pero tú tomarás la revancha. ¡Ah, ah! has comenzado bien, amigo mío. En caso necesario, serías un excelente profesor de inglés ó de francés, y un tesoro en la intimidad de la familia, porque tienes el golpe de vista rápido, facilidad en el decir, desenvoltura, modales finos, un físico agradable... y, en fin, porque eres un caballero. Como tal vivirás y morirás, hijo mío, pues no puedes menos de ganar la partida, por malo que sea tu juego. Todo el mundo reconocerá tu mérito, Blandois; esa sociedad que tan cruelmente te ha ultrajado se doblegará bajo el peso de tus desdenes; eres naturalmente orgulloso, amigo mío, y tienes derecho á serlo.»

Apenas acabó de fumar su cigarro y vaciar su botella, Blandois se puso en pie, cogió el sombrero y dirigióse al domicilio de Clennam y C.<sup>a</sup>, diciendo para sí, á guisa de consejo:

«¡Mantente firme, Blandois, amigo mío! ¡Atención! no pierdas la brújula.»

Blandois fué recibido en la puerta por la mujer de Jeremías, que en cumplimiento de las órdenes de su señor había encendido dos velas en el vestíbulo y otra en la escalera, y que condujo al visitante á la habitación de la señora Clennam, donde se acababa de servir el té, habiéndose hecho todos los preparativos que solían preceder á la llegada de un extranjero á quien se espera por primera vez; pero estos pre-

parativos se reducían á sacar el servicio de porcelana y cubrir el lecho con una simple colcha; todo lo demás quedaba igual: el canapé en forma de ataúd, la dueña con su traje de viuda, que parecía á punto de marchar al cadalso; el fuego oculto bajo una capa de cenizas húmedas, y la tetera con su olor de barniz quemado: era el mismo conjunto que se observaba allí hacía quince años.

Flintwinch presentó al caballero recomendado á la casa Clennam y C.<sup>a</sup>: la viuda, que tenía la carta á la vista, saludó con una ligera inclinación de cabeza, invitando al señor Blandois á tomar asiento. La señora Clennam y el recomendado se examinaron mutuamente con la mayor atención: la curiosidad era muy natural.

—Doy á usted gracias, caballero—dijo la viuda,—por haber pensado en una pobre inválida como yo, pues ninguno de los que vienen aquí para tratar de negocios suele acordarse de mi persona, retirada ya del mundo. Sería ridículo quejarme de mi suerte, pues sé que «ausencias causan olvido;» aunque agradezco mucho la visita de los que hacen una excepción de la regla, no censuro á los demás.

El señor Blandois, con su aire más distinguido, manifestó el temor de haber molestado á la señora Clennam presentándose á una hora indebida.

—Dispéñeme usted—dijo,—pues ya me he excusado con el señor... no tengo el honor de conocer el nombre de...

—Jeremías Flintwinch—dijo la viuda;—está interesado en la casa hace muchos años.

Blandois saludó á Jeremías, ofreciéndose como su más seguro y atento servidor.

—Como mi esposo ha muerto—continuó la viuda,—y mi hijo ha preferido otra carrera, nuestra antigua casa no tiene hoy más representante que el señor Flintwinch.

—¿Y qué es usted entonces?—preguntó su socio con tono brusco;—me parece que no le falta suficiente cabeza para reemplazar á dos hombres.

—Mi sexo—prosiguió la señora Clennam, contestando sólo con una mirada á Flintwinch,—no me permitía tomar una parte responsable en los negocios, y de consiguiente, mi asociado combina mis intereses con los suyos, dirigiéndolo todo. Nuestra casa no tiene tanta importancia como en otro tiempo, pero aun hoy, algunos antiguos amigos, entre otros los firmantes de esta carta de recomendación, se acuerdan de nosotros, y por lo mismo estamos dispuestos á complacerles en cuanto

nos sea posible. Pero hablo de cosas que seguramente no le interesarán. ¿Es usted inglés, caballero?

—No, señora; no he nacido en Inglaterra, ni tampoco me he educado en este país. A decir verdad, no pertenezco á ninguno, pues desciendo de media docena de naciones.

—¿Ha corrido usted mucho mundo?

—Mucho; he estado un poco en todas partes.

—Sin duda no tendrá usted ninguna persona que le retenga en el punto donde reside; supongo que no es casado.

—Señora—replicó Blandois, frunciendo las cejas,—adoro al bello sexo, pero no soy casado ni lo he sido nunca.

La mujer de Jeremías, de pie junto á la mesa, cerca del visitante, disponíase á llenar las tazas de té, y habiendo vuelto la cabeza por casualidad mientras que el caballero contestaba, figuróse, gracias á su continuo estado de sonambulismo, que en la mirada de este personaje había algo fascinador que la obligaba á tener la vista fija en él. Esta impresión fué tan viva, que Affery permaneció inmóvil con la tetera en la mano mirando de hito en hito al señor Blandois, descortesía que no sólo inquietó á la pobre Affery por temor al castigo que le aplicaría su señor, sino que molestó también al visitante, á la viuda y á Flintwinch. Esta escena se prolongó algunos minutos, durante los cuales se miraron unos á otros confusamente sin saber por qué.

—Vamos—dijo al fin la señora Clennam á la anciana,—¿por qué mira usted así á ese caballero?

—No sé—contestó Affery, señalando con la mano al visitante;—no soy yo; es él.

—¿Qué quiere decir esa buena mujer?—exclamó el señor Blandois, que después de palidecer y sonrojarse sucesivamente se levantó con una expresión de cólera que contrastaba con sus palabras de moderación.—No hay medio de comprender la conducta extraña de esa buena señora.

—No, seguramente no hay medio—replicó Flintwinch, avanzando ligeramente hacia su mujer;—ni ella misma sabe lo que se dice, porque es una idiota y divaga. Ya le propinaremos una buena dosis... ¡oh! ¡pero qué dosis!... ¡Fuera de aquí, vieja mía!—añadió al oído de Affery;—¡fuera de aquí al momento, antes que te reduzca á polvo!

Affery comprendiendo el peligro que corría su persona, abandonó la tetera, tapóse la cabeza con el delantal y desapareció, mientras que el visitante volvía á sentarse, sonriendo como de costumbre.

—Ruego á usted que la dispense, señor Blandois, porque esa pobre mujer ha perdido ya el entendimiento, y está completamente alelada... ¿quiere usted muy dulce el té?

—Gracias, no tomo té... ¡Ah! dispéñeme la indiscreción... ¡Qué reloj tan curioso!

La mesa en que se había servido el té estaba junto al sofá, quedando sólo un pequeño espacio libre entre este mueble y el velador de la señora Clennam. Blandois se había levantado para servir el té á la dama, y en el momento de hacerlo fué cuando el reloj llamó su atención.

La viuda fijó al punto la vista en Blandois.

—Permítame usted—dijo éste, cogiendo el reloj,—¡oh! es hermoso, aunque antiguo y algo pesado, pero muy sólido; á mí me gustan las cosas sólidas... Este es un reloj de hombre, con doble caja, á la moda antigua. ¿Podré abrirlo? ¡Ah! tiene dentro un redondel de seda bordado con perlas... he visto muchos por el estilo en Holanda y en Bélgica. ¡Vaya una costumbre rara!

—Es muy antigua—dijo la señora Clennam.

—Sí, mucho; pero esta especie de forro no cuenta tanto tiempo como el reloj.

—No lo creo.

—Es asombrosa la paciencia con que nuestros padres se entretenían en complicar y enlazar las cifras de este género—observó Blandois fijando una mirada en la señora Clennam con la sonrisa que le era peculiar.—¿Serán estas letras N. O.? Aquí se podrían leer muchas cosas.

Flintwinch, que durante este diálogo había permanecido inmóvil, con la boca abierta, comenzó á beber su té apresuradamente, con aire pensativo.

—N. O.—añadió Blandois dejando el reloj en su caja,—sería sin duda el nombre de alguna hermosa niña; sólo por la cifra adoro la memoria de N. O.; pero desgraciadamente para mi reposo, no me inclino mucho á la adoración; tal vez sea un vicio ó acaso una virtud; pero de todos modos está en mi carácter adorar la belleza y el mérito del sexo de usted, señora Clennam.

—Por esta vez—contestó la viuda,—nada debe usted temer por su reposo, porque estas letras, según creo, no son las iniciales de un nombre.

—Pues serán las de una divisa.

—No, son las de una frase, y quieren decir, si no me engaño: «No olvidés.»

—Y naturalmente—repuso Blandois,—usted no olvida.

—No, caballero—contestó la señora Clennam con firmeza,—yo no olvido, ni esto es fácil cuando una vive tan retirada como yo, desde hace muchos años. Imponerse un castigo voluntariamente, como lo hago yo, no es el mejor medio para olvidar, ni nos inclinamos á ello sabiendo que debemos expiar, como sucede á todos los hijos de Adán, algunos pecados, para obtener el perdón del Señor. He aquí por qué no olvido ni deseo tampoco olvidar.

Flintwinch, que imprimía á su taza un movimiento circular á fin de beber de una vez el té que aún quedaba, apurólo, dejó la taza en el platillo como hombre que no quiere más, y dirigió á Blandois una mirada que parecía preguntarle: «¿Qué le parece á usted de esto?»

—En la palabra «naturalmente»—replicó Blandois saludando,—quería yo expresar todas esas ideas, y estoy satisfecho de haberla usado tan á punto.

—Perdone usted, caballero—contestó la viuda,—si dudo que un hombre de mundo, aficionado á la variedad y á los placeres, que corteja y es cortejado...

—¡Oh! señora, usted me lisonjea.

—Repito que una persona de su carácter no puede adivinar fácilmente lo que se refiere al mío en las circunstancias en que me hallo. Sin tratar de exponer aquí toda una doctrina (al decir estas palabras dirigió una mirada á la línea de libretes antiguos y amarillentos que tenía junto á sí,) me limitaré á decirle que sólo tomo por guía pilotos infalibles, con los cuales no puedo naufragar, porque es «imposible...» Y si yo pudiese olvidar la advertencia contenida en esas dos letras de que usted hablaba, seguramente no sería mi castigo tan severo como es.

Era singular el afán con que la señora Clennam aprovechaba toda ocasión de discutir contra un adversario invisible, ó tal vez contra ella misma, siempre ocupada en hacerse ilusiones en aquella lucha secreta.

—Si yo olvidase las faltas—continuó,—cometidas cuando disfrutaba de salud y era libre, podría quejarme de la existencia á que me veo condenada; pero no me quejo, ni me quejé nunca. Si yo olvidase que el Señor ha juzgado justo condenarme á una vida de tinieblas y desconsuelo, podría conservar algún cariño á las vanidades mundanas; pero no es así. Considero como una gracia y un favor especiales verme sometida á la reparación que se me ha impuesto, para ense-

ñarme aquello de que no debo dudar en adelante, y para trabajar por mi salvación, como lo hago en la soledad, pues sin esto, mis pruebas no habrían dado ningún fruto. He aquí por qué no quiero ni puedo olvidar nada; he aquí por qué me he resignado, convencida de que mi suerte es preferible á la de muchos millones de almas á quienes la gracia no ha tocado.

Al decir esto cogió el reloj para colocarlo en el mismo sitio que antes ocupaba, y sin retirar la mano contemplóle algunos instantes con expresión de reto.

El señor Blandois, que había escuchado con suma atención el discurso de la viuda, miróla fijamente, acariciando su bigote con aire pensativo pero Flintwinch, que parecía estar algo atacado de los nervios, intervino en breve diciendo:

—¡Muy bien! acaba usted de hablar como una mujer piadosa, señora Clennam; no cabe negarlo; pero me parece que el señor Blandois no es hombre muy inclinado á los sentimientos piadosos.

—Pues se engaña usted—replicó el caballero,—y dispénseme que se lo diga: la piedad constituye el fondo de mi carácter; soy sensible, ardiente y concienzudo, y tengo mucha imaginación; y ha de saber usted, señor Flintwinch, que un hombre de estas condiciones debe ser necesariamente piadoso, pues de lo contrario no valdría gran cosa.

Cuando el visitante se levantó para despedirse de la señora Clennam, adelantándose hacia ella con la mayor cortesía, Flintwinch sospechó vagamente, sin saber por qué, que el señor Blandois podría no valer gran cosa.

—Caballero—dijo entonces la señora Clennam,—he tenido la debilidad de hablar á usted de mis achaques, y tal vez haya visto en ello el egoísmo de una enferma, aunque sólo sus palabras son las que me han lanzado á ese terreno; pero ya que ha sido bastante amable para hacerme una visita, tenga también la bondad de dispensar que le haya hablado tanto de mí... Y ahora, ruego á usted que omita los cumplidos... El señor Flintwinch se complacerá en servirle á usted en cuanto sea posible, y yo deseo que le sea grata su permanencia en esta ciudad.

El señor Blandois dió las gracias á la señora Clennam, saludándola cortésmente con la mano.

—¡Ah! he aquí una habitación bien antigua—exclamó de pronto cuando estuvo próximo á la puerta,—su agradable conversación, señora, me ha interesado tan vivamente, que

al principio no me fijé en ello, pero ahora observo que tiene un marcado carácter de la pasada época.

—¡Oh! es porque la casa cuenta mucha antigüedad, á pesar de sus pocas pretensiones—contestó la viuda con helada sonrisa.

—¡Pardiez!—replicó Blandois,—si el señor Flintwinch tuviese la bondad de enseñarme las demás habitaciones, se lo agradecería mucho, pues deliro por las cosas antiguas. Yo estudio y adoro lo pintoresco bajo todas sus formas, tanto, que me han dicho que yo mismo era pintoresco, pero éste no es ningún mérito, pues tengo otras cualidades más preciadas... Sin embargo, no sería imposible que yo fuese algo pintoresco. ¡Cuestión de simpatía!

—Le prevengo á usted, señor Blandois, que hallará el objeto de su simpatía muy sombrío y desnudo—dijo Flintwinch armándose de un candelero;—seguramente no vale la pena de ser visto.

Por toda contestación Blandois se limitó á dar un golpecito en el hombro á Jeremías, sonriendo benévolamente; y volviéndose por última vez para saludar á la enferma, alejóse con su guía.

—Supongo que no deseará usted subir al último piso—dijo Flintwinch deteniéndose de pronto.

—Al contrario, amigo mío; si no es abusar de su complacencia, tendré sumo gusto en ello.

Jeremías comenzó á subir la escalera, seguido de cerca por el señor Blandois, y un momento después entraban en la gran alcoba que Arturo había ocupado la noche de su llegada.

—Vamos, señor Blandois—dijo Flintwinch con tono irónico, mostrándole la habitación,—supongo que se dará usted por pagado sólo con ver esto; en cuanto á mí, maldito lo que me interesa.

Como Blandois contestase que estaba muy satisfecho, cruzaron por otras habitaciones, por varios pasillos, volviendo después á la escalera; pero antes de bajar, Flintwinch había observado que el visitante, después de dirigir una rápida mirada á su alrededor, le examinaba atentamente de pies á cabeza. Esta particularidad le inquietó, sobre todo al notar que, cuando se volvía, siempre estaba fija en él la mirada del extranjero, en cuyos labios vagaba siempre la misma extraña sonrisa. Llegados á la habitación del difunto señor Clennam, Flintwinch se volvió otra vez para observar á su acompañante, y los dos se miraron fijamente.

—Esta antigua casa es encantadora—dijo Blandois sonriendo,—y hasta me parece misteriosa. ¿No se oyen nunca ruidos subterráneos aquí?

—¿Ruidos? No, señor.

—¿Y no viene alguna vez el demonio?

—Jamás, ó por lo menos no se presenta bajo este nombre ni en tal calidad.

—¡Ah, ah!—exclamó Blandois de pronto;—supongo que ese es un retrato (y siguió mirando á Flintwinch, como si éste fuese el retrato á que aludía.)

—Efectivamente.

—¿Me será permitido preguntar el nombre del original?

—Es del difunto señor Clennam, el esposo de mi asociada.

—Y sin duda el dueño del notable reloj que antes he admirado—añadió Blandois.

Flintwinch, que miraba el retrato, volvióse de pronto y observó que el extranjero tenía siempre la vista fija en él.

—Así es, señor Blandois—contestó Jeremías con cierta acritud;—el reloj era suyo, pero había pertenecido antes á su tío. Es todo cuanto sé sobre el particular.

—Parece que la señora tiene un carácter muy enérgico—dijo Blandois, cambiando de conversación.

—Sí, señor—repuso Jeremías,—es una mujer notable y de mucho vigor moral.

—Presumo que los dos habrán sido felices.

—¿Quiénes?—preguntó Flintwinch.

Blandois señaló con el índice de la mano derecha la habitación de la enferma, y con el de la izquierda el retrato, y echóse á reír en las barbas de su interlocutor.

—Supongo—replicó Flintwinch,—que su existencia ha sido tan feliz como la de la mayor parte de los matrimonios; pero nada sé sobre el particular, porque cada familia tiene sus secretos.

—¡Secretos!—exclamó Blandois con viveza;—repítame usted esa palabra, amigo mío.

—Digo—replicó Flintwinch retrocediendo un paso, pues parecióle que su interlocutor se crecía,—que en cada familia hay secretos.

—¡Pardiez; vaya si los hay!—exclamó Blandois, dando á Jeremías un golpecito en el hombro.—¡Diablo! ya lo creo que hay secretos, y algunos diabólicos, señor Flintwinch.

Y apoyando las manos en los hombros de Jeremías, Blandois inclinó la cabeza hacia atrás y comenzó á reír á carca-

jadas, sin que le fuese posible á Flintwinch interrumpir aquel acceso de hilaridad.

—Vaya, amigo mío—dijo Blandois, después de haber reído á su sabor,—tenga usted la bondad de prestarme un momento la vela para mirar un poco el retrato del difunto esposo de esa notable señora... ¡Ah!—añadió elevando la luz á la altura del brazo...—veo que la expresión de estas facciones revela también bastante energía, pero de otro género. El retrato parece decir... ¿cuáles son las palabras...? ¡Ah! ya me acuerdo; parece decir: «¡No olvides!» ¿No es verdad, señor Flintwinch? ¡Pardiez! le aseguro á usted que quiere decir eso.

Y devolviendo la luz á Jeremías, miróle fijamente y le siguió con lento paso al vestíbulo, donde le aseguró que aquella antigua casa era encantadora, que había tenido el mayor placer en visitarla detenidamente, y que no hubiera querido perder tan buena ocasión ni por un billete de cuatrocientas libras.

En medio de todas las familiaridades que se permitía el señor Blandois, cuyos modales eran cada vez más groseros é insolentes, el apergaminado rostro de Jeremías conservábase impenetrable, sin sufrir la más pequeña alteración; Flintwinch no era hombre que perdiese su sangre fría por tan poca cosa.

Terminada la visita, nuestros dos personajes fueron al cuarto que daba al vestíbulo, donde Jeremías, mirando á su vez atentamente á su interlocutor, le dijo con calma:

—Me alegro mucho de que haya quedado usted satisfecho de su inspección domiciliaria; confieso que no lo esperaba; este paseito parece haberle alegrado.

—¡No lo sabe usted bien!—replicó Blandois;—me ha refrescado, moralmente hablando... ¡palabra de honor! ¿Tiene usted alguna vez presentimientos, señor Flintwinch?

—No sé qué entenderá usted por esa palabra.

—Para determinarla con mayor claridad, le preguntaré á usted, amigo mío, si abriga algunas veces la esperanza de una futura dicha.

—Confieso que por ahora no siento ninguna impresión de ese género—contestó el asociado de la señora Clennam con imperturbable gravedad;—pero si me llegase á suceder, le avisaré á usted.

—¡Pues bien! yo tengo una especie de presentimiento que me dice que estrecharemos más nuestras relaciones. Y usted, buen hombre, ¿no sospecha lo mismo?

—No—repuso Flintwinch después de una pausa, durante

la cual pareció consultarse para contestar con toda la veracidad posible;—no presiento nada de eso.

—Pues á mí se me figura que llegaremos á ser amigos íntimos: ¿no imagina usted una cosa así, querido amigo?

—Aun no—dijo Flintwinch.

El señor Blandois, apoyando otra vez las manos en los hombros de su interlocutor, hízole dar una vuelta como si fuera un muñeco, y cogiéndole después del brazo, invitóle á salir con él para apurar una botella de vino.

Jeremías aceptó sin vacilar, y los dos se dirigieron acto seguido al café donde Blandois estaba alojado. Hacía ya mucho tiempo que habían cesado los truenos; pero llovía á torrentes. Blandois condujo á su acompañante al mismo cuarto que ocupaba, y después de pedir una botella de Porto, el hospitalario viajero se colocó en el reborde de la ventana mientras que Flintwinch se sentaba al otro lado de la mesa.

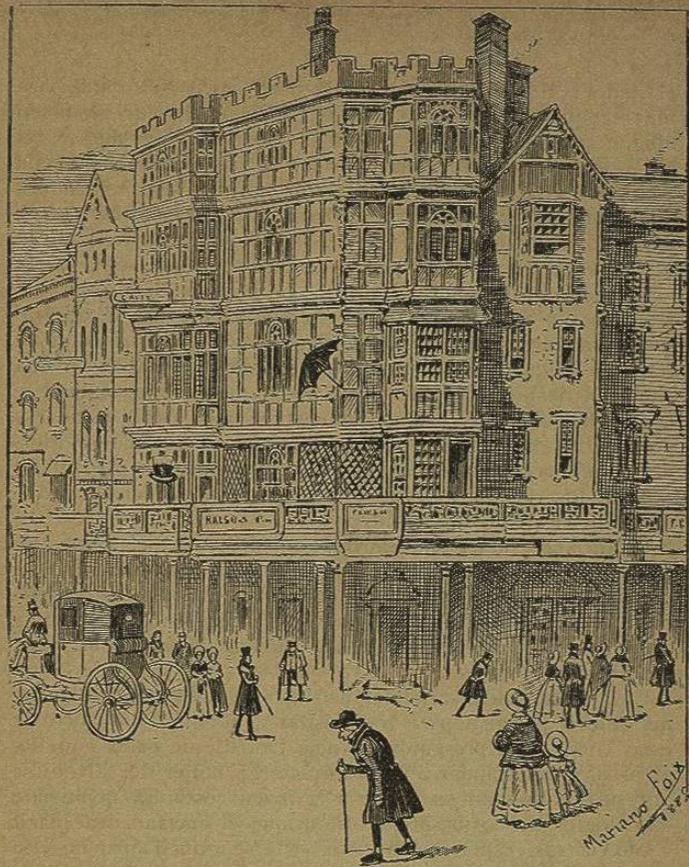
Blandois propuso que trajeran los vasos más grandes que hubiese en la casa, lo cual aprobó Jeremías: cuando los trajeron, el anfitrión, que parecía dominado por una alegría báquica, llenó el suyo y el de su compañero brindando con éste por la futura intimidad que auguraba; y Flintwinch, después de corresponder con la mayor flemma, siguió bebiendo todo el vino que le escanciaban sin pronunciar una palabra. Cada vez que Blandois brindaba, imitábale Flintwinch con aire apático, y aun le imitara mejor si hubiese sido cuestión de apurar los vasos de uno y otro, pues salvo la facultad de saborear el líquido, Jeremías era un verdadero tonel.

En fin, el señor Blandois acabó por reconocer que echar vino en el cuerpo de su amigo Flintwinch no era el medio más propio para hacerle hablar, pareciendo por el contrario que el líquido servía sólo para que enmudeciese. Jeremías, en efecto, hubiera sido capaz de beber toda la noche, y en caso necesario hasta el día siguiente; mientras que Blandois no tardó en echar de ver que se le escapaban algunas fanfarroñadas demasiado feroces, por lo cual levantó la sesión después de apurada la tercera botella.

—¿Piensa usted girar contra nosotros mañana?—preguntó Flintwinch al despedirse.

—¡Palomo mío!—contestó Blandois, poniendo nuevamente sus manos en los hombros de Flintwinch, y pasándole después la mano por la barba,—no tenga usted el menor cuidado; le doy mi palabra de caballero. ¡Sí, mil rayos! ¡Le aseguro que nos volveremos á ver!

Pero al día siguiente, Blandois no se presentó, aunque la casa Clennam y C.<sup>a</sup> había recibido ya la carta de aviso esperada. Flintwinch fué por la noche á visitar al viajero y no quedó poco sorprendido cuando le dijeron que había pagado su cuenta por la mañana y que estaba camino de Calais. Jeremías, no obstante, persuadióse, á fuerza de reflexionar, que Blandois cumpliría su palabra, volviendo á visitarle.



## CAPITULO XXXI

## Espíritu de dignidad

No pasa apenas día sin que los transeúntes encuentren en las calles de la populosa metrópoli algún viejecito escualido y amarillento, á quien se creería caído de las nubes, si éstas no se respetasen demasiado para exportar semejantes productos; y que anda con mucha precaución, como atemorizado por